

Aproximación a Agripina Montes del Valle: Poemas a mujeres, la muerte, dios y la patria desde la provincia colombiana del siglo XIX

Adriana Villegas Botero¹

*Porqué no rompes el estrecho vaso
que te contiene y el terreno lazo
Que misterioso te retiene aquí?*

Al pensamiento, Agripina Montes del Valle

Resumen

En la segunda mitad del siglo XIX muchas mujeres colombianas no sabían leer y escribir, y las pocas escritoras pertenecían por lo general a la élite intelectual y económica que vivía en Bogotá. Agripina Montes del Valle fue una mujer de provincia, hija de una familia modesta, que gracias a la educación de calidad que recibió pudo desarrollar una obra literaria compuesta por más de cien poemas, algunos de los cuales circularon a través de los principales periódicos y revistas de su época. El catolicismo, el rol de madre y esposa, la amistad con otras mujeres y la fatalidad de la muerte están presentes en su obra literaria, que también aborda otras temáticas menos íntimas como los cantos a la patria, la naturaleza y los adelantos técnico-científicos.

Palabras clave: Agripina Montes del Valle, poesía colombiana, poesía siglo XIX, mujeres escritoras.

Approach to Agripina Montes del Valle: Poems to women, death, god and homeland from the Colombian province in the 19th century

Abstract

In the second half of the 19th century many Colombian women didn't know how to read and write, and the few female writers generally belonged to the intellectual and economic elite living in Bogotá. Agripina Montes del Valle was a woman from the province, the daughter of a family of modest means. Thanks to the quality education received, she was able to develop a literary work comprised of more than one hundred poems, some of which circulated through the most important newspapers and magazines of her time. Catholicism, the role of mother and wife, friendship with other women, and the fatality of death are the topics present in her literary work, which also addresses other less intimate themes such as songs to the homeland, nature, and technical-scientific advances.

Keywords: Agripina Montes del Valle, Colombian poetry, 19th century poetry, women writers.

¹ Comunicadora Social y Periodista de la Universidad de la Sabana y abogada de la Universidad de Manizales. Especialista en Derecho Administrativo y Derecho de las Telecomunicaciones. Magister en Estudios Políticos y Doctora en Literatura.

Presentación

En numerosos estudios sobre las colombianas escritoras del siglo XIX aparece el nombre de Agripina Montes del Valle, junto con el de otras autoras como Soledad Acosta de Samper, Agripina Samper de Ancizar (Pía Rigán) y Josefa Acevedo de Gómez. Sin embargo, en la mayoría de los casos los registros sobre Agripina Montes del Valle no pasan de una sucinta biografía y una breve mención general sobre sus poemas más conocidos, como “Al Tequendama”, “Bolívar” y “El último pijao”, para centrarse luego en el estudio de las obras de Soledad Acosta y otras escritoras bogotanas. El de Agripina Montes del Valle es entonces un nombre con numerosas referencias pero escasos estudios sobre su obra. Lo que sigue a continuación es un acercamiento a la vida, producción literaria, el rol de mujer trabajadora y el contexto en el que se gestó la obra poética de esta autora singular, que supo encontrar la manera para escribir desde pequeños pueblos como Salamina y Manizales (Caldas) e insertarse en la *Ciudad modernizada* que se gestó en el último tercio del siglo XIX.

Agripina Montes del Valle: Una Biografía

Mary Luz Botero (2015) y Laura Jaramillo Salazar (2015) han realizado hasta ahora el rastreo más completo sobre los datos biográficos y bibliográficos de la poeta cumbre del Gran Caldas en el siglo XIX, Agripina Montes del Valle. Hay quienes dudan que ese fuera su nombre de pila. Juan Carlos Acevedo (2016) dice que “desde temprana edad utilizó este seudónimo, pues su nombre verdadero fue Azucena del Valle y Porcia” (p. 57), aunque la versión más extendida es la contraria: su nombre de pila era Agripina Montes Salazar y sus seudónimos fueron Azucena del Valle, Porcia y Xipertina Magón. “del Valle” fue su apellido de casada.

Agripina Montes del Valle nació el 5 de noviembre de 1844 en Salamina, municipio que en ese entonces era la capital de la Provincia del Sur del Estado Soberano de Antioquia y tenía más de 4.000 habitantes. (Cuesta, 2014. p. 122). Sus padres fueron Francisco Montes Salazar (1810), juez primero parroquial, y Dolores Salazar (1820), oriundos de El Peñol, Antioquia, en donde Agripina pasó algunos años de su infancia. También vivió en la vereda Los Mangos de Salamina, en Manizales, donde aprendió a leer y escribir; y a partir de 1854 en Bogotá, ciudad en la que vivió como interna del Colegio de la Merced, que había sido fundado por el gobierno en 1832 para ofrecer educación a las mujeres. El plan de estudios incluía gramática castellana y francesa, dibujo y música, entre otros.

Laura Jaramillo (2015) resalta la huella que dejó la formación recibida en el Colegio de la Merced en la obra de Agripina Montes: “si bien nació en un pequeño pueblo y su familia no era muy reconocida, tuvo la oportunidad de acceder a estos estudios, que le permitieron explorar el campo de las letras”. Una vez terminada su formación escolar, Agripina Montes regresó a su hogar. Se casó con el periodista y poeta Miguel María del Valle Lince el 27 de febrero 1865 y con él se radicó en Manizales. En la Cátedra de Historia Regional Agripina Montes del Valle, la poeta Olga Clemencia Salas (2021) contó: “mi abuela María Teresa Hincapié de Montes, prima hermana de Agripina, recordaba que en la casa siempre comentaban que la familia del esposo la discriminaba por morena y entonces ella respondía: ‘si los valles son extensos los montes son elevados’”.

Cuatro meses antes del matrimonio de Agripina y Miguel María, el 19 de octubre de 1964, Agripina publicó en la revista bogotana *El Mosaico* su primer poema titulado “A mi amiga: la sensible poetisa Leonor Blander”. El 3 de noviembre publicó también en “El Mosaico” el poema “El 27 de noviembre” y tres semanas después, el 24 de noviembre, apareció en la misma revista un tercer poema suyo: “Recuerdos de una tarde”. Tenía entonces 20 años.

La labor poética que comenzaba Agripina Montes del Valle se suspendió temporalmente luego de su matrimonio. Tres años después de haberse casado, cuando tenía 23 años y ya era madre de tres hijos, publicó un interesante texto titulado “Proyectos de literatura”, que apareció en la revista “*El Oasis*” de Medellín el 3 de octubre de 1968, firmado bajo el seudónimo de Porcia. En este artículo la autora explicita las tensiones domésticas que representan el cuidado del hogar y de los hijos, para una mujer que desea escribir (Villegas, 2020): “—la literatura, ese sueño de la mujer espiritual y sensible, no puede realizarse, cuando ella ha contraí-

do deberes tan sagrados como los del hogar” (Montes, 1868).

Pese a su queja, Agripina logró combinar el tiempo para criar a sus hijos en Manizales y, simultáneamente, participar en el Círculo Literario El Oasis, de Medellín, entre 1868 y 1869 y hacer parte de la Gruta Simbólica, en Bogotá. De hecho, tuvo tiempo y energía para emprender nuevos proyectos: además del hogar y la literatura, Agripina Montes del Valle dedicó buena parte de su vida a la docencia, principalmente a partir de 1870, cuando fundó en Manizales el Colegio de la Concepción, donde fue pionera del método de lecciones orales, poco acostumbrado en ese entonces en el país, y que luego se convertirá en el Método Montessori (Añez, 1887; Cuesta, 2014). Desde ahí intercaló sus actividades como profesora con la escritura: en 1871 publicó tres poemas en “El Mosaico” y en 1872 otros seis.

En 1872, a sus 28 años de edad, Agripina Montes del Valle alcanza reconocimiento literario internacional al ganar en Chile la Medalla de Honor, con su poema “A la América del Sur”, cuya copia no ha sido posible rescatar. Este premio le da renombre en el ámbito literario nacional y le permite abrirse a nuevos contactos literarios. Sin embargo, la maternidad nuevamente se atraviesa en su carrera literaria. Aunque ninguno de sus biógrafos precisa cuántos hijos tuvo, Julio Añez (1887) indica que tuvo “numerosa prole”. Se sabe que además de los tres ya mencionados, en 1873 nació su hija Laura y en 1884 nació en Bogotá su hijo José Raúl. También se sabe, por su poesía, que al menos tres fallecieron pequeños: “Faltan en mi hogar tres hijos, / y un hondo pesar me asedia!”, escribe en su poema “Reminiscencias”, publicado en 1882. Este tema de la muerte, que padeció en carne propia, se refleja en su producción poética, como se explicará más adelante.

El nacimiento de Laura ocurrió pocos meses después del cierre de la revista bogotana Mosaico, que se había convertido en su casa de publicación.

Algunos indicios permiten deducir que Agripina vivió unos días (¿meses? ¿años?) En Medellín por allá en la década de los 70. En 1872 y 1873 aparecen poemas suyos en El Oasis y La Palestra, publicaciones de esa ciudad. Así mismo El Mosaico de Bogotá publica el 16 de abril el poema José María Vergara y Vergara y el 23 de julio A mi señora Pía-Rigán, firmados por ella y enviados desde la capital del Estado Soberano de Antioquia. También aparecieron sus poemas en la revista “La Patria”, de Bogotá, y en el periódico La Pluma”. (Botero, 2015, p. 28)

Antonio Cacia Prada, autor del clásico libro “Historia del periodismo colombiano”, afirma que en 1873 Agripina colaboró con “El eco literario” y su folletín anexo “Escritores colombianos”, que circularon en Bogotá entre el 15 de enero y el 9 de diciembre de ese año bajo la dirección de José María Quijano Otero y José Joaquín Borda (Cacia, 1982, p. 108).

Si vivió o no en Medellín entre 1872 y 1873, como lo supone Mary Luz Botero, es un dato probable pero sin confirmar. En todo caso se sabe que hacia finales de 1874 residía en Manizales. El 21 de septiembre de 1874 empezó a circular El Ruiz, el primer periódico de Manizales, bajo la dirección de Alejandro Restrepo R y en el que escribieron, además de Agripina Montes y su esposo Miguel del Valle, autores como el poeta Epifanio Mejía, Rafael Pombo y el escritor de Rionegro Juan José Botero. Aunque Guiomar Cuesta Escobar (2014) señala que Agripina fue nombrada directora del nuevo periódico El Ruiz, otras fuentes especializadas en la historia del periodismo y la historia de Manizales la ubican únicamente como colaboradora (Cacia, 1982; Díaz, 1989; Londoño, 1936). De hecho se ha reconocido a Soledad Acosta de Samper como la primera mujer directora de una publicación periódica en Colombia con su revista “La mujer”, fundada cuatro años más tarde y en la que también escribió Agripina.

Luego del premio obtenido en Chile en 1872, un segundo hito importante en su carrera literaria se marca en 1875 cuando el chileno José Domingo Cortés incluye su poema “A una amiga en la muerte de su hermano” dentro de la antología “Poetisas americanas, ramillete poético del bello sexo hispanoamericano”. El libro fue publicado simultáneamente en París y México e incluyó poemas de 49 escritoras de Cuba, Perú, Bolivia, México, Argentina, Chile, Ecuador y Colombia, país que quedó representado por Agripina Montes, Josefa Acevedo, Leonor Blander, Isabel Bunch de Cortés, Ubaldina Dávila de Ponce, Amelia Denis, Edda, Elena F. Lince, Carmen F.C. de Ballén, Agripina Samper de Ancizar y Mercedes Suárez.

En 1878 Agripina llega con su familia a Bogotá y se convierte en colaboradora habitual de la revista “La mujer: lecturas para las familias”, de Soledad Acosta de Samper, en donde publicó en 14 ocasiones (Rodríguez Arenas, 2006). Además colaboró en “La Patria” y “La Pluma”, y según Julio Añez (1887) dio clases en varios establecimientos y casas particulares. Este rol de mujer trabajadora que conservó hasta casi el final de su vida es otra singularidad de Agripina Montes del Valle, pues es contrario al rol que ejercen la mayoría de sus contemporáneas. Por ello no resulta extraño que escriba versos como “¡Salve ley redentora del trabajo! / Mil veces salve, institución divina! / Tú no eres maldición de la existencia”, en el poema “Al trabajo”, que en 1881 fue galardonado en un certamen poético en Bogotá. Luego de ese premio viene para ella un reconocimiento económico con fuerza de ley: “la Ley 62 del 7 de septiembre de 1882, en que el gobierno de los Estados Unidos de Colombia (presidido por Francisco Javier Zaldúa con el consenso de liberales y conservadores) concede quinientos pesos a la poeta para publicar sus obras. De este documento puede inferirse que Montes del Valle, a los 38 años de edad, gozaba de un prestigio completamente consolidado” (Fernández & Morales, 2020).

El tercer hito de su carrera literaria se marca en 1883, año en el que ocurren dos hechos significativos. Por un lado, su poema “Bolívar” se incluye en el libro “Romancero Colombiano”, una antología poética que conmemora al Libertador por el centenario de su natalicio. Agripina fue la única mujer en ese volumen. Por otro lado, la Imprenta de Vapor de Zalamea publicó en Bogotá su libro “Poesías de Agripina Montes del Valle”, con prólogo de Rafael Pombo, una obra de 159 páginas que recoge 73 poemas de su autoría, y que fue durante más de un siglo la principal compilación de la producción literaria de Agripina Montes del Valle.

En el volumen “Poesías”, Pombo escribió un largo prólogo titulado “Las sacerdotisas”, que pretende ser un ensayo reivindicativo de la obra de las mujeres poetisas en el oficio literario. Aunque el prólogo no se dedica de manera exhaustiva a Agripina (por petición expresa de ella), Pombo incluye algunas valoraciones sobre su obra.

Creo que aún el más exigente crítico hallará en este volumen una constante y fervorosa aspiración espiritual, un constante dolor de la miseria humana, nobilísimas efusiones de madre y de amiga, frescura y libertad de estilo, grandeza y oportunidad de imágenes (como en la oda En el Centenario de Bello) y particular facilidad, soltura y colorido poético, aéreo a veces, en los romances octosílabos, varios de los cuales compiten sin desventaja con los mejores en su género, de su inolvidable paisano Gutiérrez González (...) Señálase la señora Montes del Valle por cierta caprichosa independencia en cuanto a combinaciones métricas, sin perjuicio de ajustarse, cuando quiere, a las formas clásicas más rigurosas; pero la admiramos mucho más por la constante idealidad y colorido poético de su estilo, particularmente en el romance octosílabo; por la fusión espontánea y perfecta del sentimiento y la forma en lo personal y propio; por su riqueza de dicción y a veces audaz energía de frase, por la novedad y delicadeza de sus imágenes, condiciones primeras del verdadero poeta, de nacimiento y no de laborioso propósito. (Pombo, 1883, p LI)

Luego del prólogo y antes de la serie de poemas, Agripina firma una página, a manera de advertencia o arte poética.

A los literatos de Colombia:

No me discutáis vosotros a quiénes dedico mis cantos. No me pidáis explicación al desconcierto del metro, que sin burlar a la armonía va luego como impedido por su vértigo como escapando al estrecho círculo de la medida para llevar a cabo su viaje.

Yo he cantado por una fuerza extraña que me impele. Así no os reclamo indulgencia para mis versos pero sí el olvido para las reglas de Horacio.

Yo os diré como Trueba ¿qué sé yo de Homero ni de Solón? Yo solo sé que traje la misión de sentir y que al sentimiento que Dios puso en mi alma, le agregó la libertad de expansión.

Y voy buscando la inmensidad de mi pequeñez, que hace contraste con todos los otros seres mejor dotados, el secreto de la verdad, sin declinar en mi vertiginoso afán, ni en la escala de la muerte. (Montes del Valle, 1883. p. LIII)

Tras 21 años de matrimonio, en 1886 fallece Miguel del Valle, quien durante buena parte de su vida trabajó como funcionario de la Alcaldía, labor que alternó con la escritura. Viuda, en 1887 Agripina es nombrada directora de la Escuela Normal del Departamento del Magdalena, en Santa Marta. Ese año publica “Al Tequendama”, su poema más valorado, que le valió no solo el mote de “Musa del Tequendama”, sino además la inclusión en el tomo 2 de “Parnaso Colombiano”, la primera antología de poesía colombiana, compilada por Julio Añez, publicada en 1887. El tomo 1, editado el año anterior, no había incluido a ninguna mujer.

Luego de su estancia en Santa Marta, en 1893 asumió la dirección de un colegio en La Mesa, Cundinamarca, y en diciembre de 1894 publicó su poema “Eterno Amor” en la reconocida revista “Gris”, que había sido fundada en Bogotá dos años antes por el también caldense Max Grillo. Este fue su último poema publicado en un periódico o revista. Lo que siguió a partir de entonces fue la reproducción de su obra en antologías poéticas.

Son pocos los datos que se conocen sobre sus últimos años de vida. Su última aparición pública registrada data del 29 de julio de 1910, cuando pronunció el discurso central en el homenaje que se ofreció a Policarpa Salavarrieta, durante la inauguración de la estatua de “La Pola” en la antigua Plazuela de las Aguas, en Bogotá. Falleció en Anolaima a los 70 años, víctima de una bronconeumonía, el 13 de enero de 1915. Sus restos fueron trasladados a su natal Salamina en 1974 y actualmente en ese municipio una institución educativa y un concurso literario anual llevan su nombre.

Educación y Prensa: Las Puertas para una Escritora de Provincia del Siglo XIX

En 1844, cuando Agripina Montes nació, ya “habían pasado 4 años de la muerte del general Francisco de Paula Santander y faltaban 5 años para la elección del general José Hilario López como presidente, acontecimientos que llevaron a la consolidación de los partidos políticos conservador y liberal” (Jaramillo, 2015). Ese contexto político nacional se complementa con el regional: la región colombiana que hoy se conoce como Eje Cafetero vivía entonces el auge de la colonización antioqueña, que tenía a Salamina como epicentro. Salamina fue fundada en 1827 y la ordenanza que dio lugar a la creación del distrito parroquial de Manizales fue expedida en octubre de 1849, es decir, cuando Agripina Montes ya tenía 5 años de edad.

Los colonizadores extendieron su frontera agrícola hacia el sur de Antioquia. “Casi 100 poblaciones nuevas surgen en este proceso, que son habitadas por antioqueños y atraen a otra gente vecina. Será el café el sustento económico que convertirá en exitosa y de gran impacto esta colonización” (Hoyos, 2015, p. 17). La colonización antioqueña fue un proyecto económico, social y político, respaldado por la Iglesia Católica y las élites de Antioquia. La masiva migración de antioqueños hacia el sur buscaba, por un lado, aprovechar las oportunidades de la naciente industria cafetera pero, por otro lado, frenar a los liberales que salían desde el Cauca hacia el norte. En ese contexto católico y conservador nace Agripina Montes, en una época en la que “la mayoría de las mujeres no sabía leer ni escribir. Solo podían hacerlo las que pertenecían a las élites criollas . . . entre las mujeres católicas del siglo XIX el modelo imperante fue el de esposa y madre” (Aristizábal, 2007, p. 83).

El nombre de Agripina Montes se menciona normalmente al lado de Soledad Acosta de Samper y su cuñada Agripina Samper de Ancízar (Pía Rigán), que pertenecían a la élite intelectual y económica bogotana, al igual que Josefa Acevedo de Gómez, hija del prócer de la independencia José Acevedo y Gómez. ¿Cómo logra Agripina Montes, una mujer de provincia, hija de una familia migrante y sin abolengo, que nunca salió del país, colarse entre la élite literaria de su época? Educación y prensa parecen ser la clave. A los nueve años Agripina fue enviada por sus padres a estudiar a Bogotá y aunque no se conoce con certeza qué compañeras tuvo, es muy posible que allí haya tejido los primeros contactos que le abrieron las puertas para publicar sus poemas en los periódicos y revistas literarias que empezaron a tener auge en la segunda mitad del siglo XIX.

Esta vía de acceso a la élite cultural corresponde a la que Ángel Rama describe como *Ciudad modernizada* dentro de la “Ciudad letrada”: una época en la que la lucha por disminuir el analfabetismo en distintos países de América Latina permitió que otras capas accedieran a la educación y esos nuevos lectores se convirtieran en primer lugar en compradores de periódicos y revistas, antes que de libros (Rama, 1984, p. 66). Como lo señala el escritor Juan Carlos

Acevedo (2016): “Los grupos de intelectuales, humanistas, artistas emergentes, políticos y empresarios vieron en las publicaciones seriadas una manera de visibilizar sus ideas, sus pensamientos, sus sensibilidades” (p. 52).

A diferencia de la mayoría de sus contemporáneas escritoras, Agripina Montes empezó a escribir desde una pequeña ciudad de provincia, como era Manizales, y supo mantenerse vigente a partir de colaboraciones frecuentes que enviaba a periódicos y revistas de Bogotá y Medellín, que le sirvieron para crear lazos con otros escritores de su época, principalmente con Rafael Pombo, que se convirtió en una especie de padrino no solo de su obra sino de la de otras mujeres escritoras de su tiempo. La primera publicación que le abrió sus páginas fue “El Mosaico”, una revista que nació ligada a una tertulia fundada en 1958 por José María Vergara y Vergara y Eugenio Díaz Castro. Su primera edición salió el 24 de diciembre de 1858 y sus ejemplares, que circularon hasta diciembre de 1872, acogieron también la obra de Pía Rigán, José Manuel Marroquín, Jorge Isaacs, Ricardo Carrasquilla, Felipe Pérez y Ricardo Silva, entre otros (Cacua, 1982. P. 98).

Su ensayo “Proyectos de literatura” fue publicado en El Oasis, un “periódico literario” que apareció en Medellín por primera vez el 11 de enero de 1868 y circuló durante 52 ediciones, hasta el 25 de diciembre de 1869. En él colaboraron, además de Agripina Montes del Valle, escritores como Gregorio Gutiérrez González, Epifanio Mejía, Camilo Antonio Echeverri, Manuel Uribe Ángel, Demetrio Viana, Ricardo López y Pedro A. Isaza, entre otros (Cacua, 1982. p. 104). Además de sus publicaciones en El Ruiz, el primer periódico de Manizales, Agripina Montes también colaboró con “El eco literario”, de Bogotá, antes de irse a vivir a la capital. En esa publicación también aparecieron textos de José María Samper, Jorge Isaacs, Rafael Pombo, Carlos Martínez Silva, Eufemia Cabrera de Borda y Temístocles Tejada, entre otros (Cacua, 1982. p. 108).

Cuando llega a Bogotá son varios los periódicos y revistas que abren espacio para Agripina. Los tres más destacables fueron “La Pluma”, un periódico literario patrocinado por Nicolás Pontón, que circuló entre junio de 1880 y abril de 1883; “La Patria”, fundado por Adriano Páez en 1877 (a quien le dedicó los poemas “A una lágrima” y “¿Dónde está Dios!”) y en el que publicaron hasta abril de 1882 escritores como Rafael Núñez, Jorge Isaacs, José David Guarín, Santiago Pérez, Enrique Álvarez, Luis Carlos Pradilla, Manuel María Madieto, y extranjeros como Cecilio Acosta, Juan Montalvo, Martín García Merou, José Martí, Adolfo Mitre, Rafael Obligado y José Fernando González; y por último “La Mujer”, quincenario que circuló entre el 1 de septiembre de 1878 y el 15 de mayo de 1881 y que se convirtió en la primera publicación periódica en Colombia en ser dirigida por una mujer: Soledad Acosta de Samper (Cacua, 1982. p. 110).

En la breve vida de la revista mensual “Colombia ilustrada”, que circuló en Bogotá entre el 2 de abril de 1889 y el 31 de marzo de 1892, Agripina Montes alcanzó a publicar al menos dos poemas, por invitación de su director, el ocañero José T. Gaibrois. Años después, otra publicación destacada invita a Agripina Montes a colaborar en sus páginas: La “Revista Gris” apareció el 12 de octubre de 1892 y circuló hasta febrero de 1896 con ediciones de 32 páginas por número. La revista fue dirigida por Maximiliano Grillo y Salomón Ponce Aguilera y en ella colaboraron Baldomero Sanín Cano, Alfonso Villegas Arango, José Asunción Silva, Clímaco Soto Borda, Ricardo Tirado Macías, Víctor M. Londoño, Ismael Enrique Arciniegas, Rafael Pombo, Eduardo Posada, Federico Rivas Frade, Carlos Cuervo Márquez y Carlos Arturo Torres (Cacua, 1982. p. 115). En esta revista Agripina Montes cerró 30 años de colaboración fructífera con la prensa de su época.

Poetas del Siglo XIX: Esposas y Madres (Escritoras sólo si se Puede)

Agripina Montes compartió páginas de periódicos y revistas con los más destacados escritores de su época como Jorge Isaacs, Rafael Pombo, José Asunción Silva, Max Grillo, Epifanio Mejía y Gregorio Gutiérrez González, entre otros. Sin embargo, salvo en el quincenario “La mujer”, de Soledad Acosta de Samper, no eran frecuentes las colaboraciones de mujeres escritoras.

En el siglo XIX en Colombia la voz de la mujer escritora resonaba en el ámbito doméstico y encontraba eco en su papel formador y vigilante de la moral. Aun cuando perteneciera a una élite letrada, su labor creadora debió camuflarse, en ocasiones, a través del seudónimo, el acrónimo o el anónimo; en contraste, otro tipo de literatas divulgaron sus textos con abierta autoría, pero bajo la custodia de un tutor masculino. La prensa de entonces

demuestra las dificultades que debió eludir la mujer para dar a conocer su producción literaria. (Agudelo & Calle, 2013)

En su ensayo “La reflexión decimonónica sobre la escritura de mujeres en Colombia”, Ana María Agudelo Ochoa señala que “las cuatro autoras estudiadas -Acevedo, Acosta, Samper y Montes- son madres de familia y coinciden al tratar de reafirmar que cumplen cabalmente este rol. Sus autoras son plenamente conscientes de lo que se espera de ellas como mujeres, asimismo cómo tal disposición determina su ejercicio escritural” (Ochoa, 2011). El rol esperado de las mujeres escritoras de esta época aparece explícitamente abordado en dos textos que pueden dialogar entre sí: “¿Por qué no he de escribir yo también?”, de Pía Rigán, y “Proyectos de literatura”, de Agripina Montes del Valle. Ambos artículos fueron publicados con seudónimos. En un aparte de su texto, Agripina reflexiona así sobre las diferencias entre las dificultades que tienen los hombres escritores de las mujeres escritoras: “El inteligente i espiritual Dr. Vergara V. (José María Vergara y Vergara) ha dicho mui bien al decir que si el hombre de negocios que cultiva su imaginacion hace un milagro, la mujer hace tres; i él tiene razón – porque “las mujeres casadas sacrifican a las musas; pero al pié de las cunas de sus hijos i despues de haber atizado la llama en el hogar cumpliendo con los deberes de esposas i madres cristinas” (Montes, 1868).

Las autoras (Pía Rigán y Agripina Montes) narran su presente, ofrecen una interpretación de los acontecimientos bajo el lente de madres y esposas, y se valen de anécdotas cotidianas con el fin de reflexionar acerca de su relación con la escritura. Pensados como artículos de prensa, los textos se rigen por una normativa celosa del acto lector femenino, de allí que las temáticas y la perspectiva desde la cual deben ser abordados obedezcan a limitaciones impuestas desde afuera. Ambas autoras se configuran protagonistas de sus propios escritos y se valen de las opciones discursivas legitimadas con el fin de enfrentar su problemática personal. En todo caso, es una constante la necesidad de convertir en discurso las preocupaciones asociadas al *ser mujer deseosa de escribir*. Las autoras exploran las potencias de diversos géneros, bien sea los asociados a la intimidad o bien, aquellos propios de la esfera pública, todo con el fin de partir de lo ya establecido, de lo permitido, para abordar una temática que podría tornarse peligrosa. (...) Agripina Montes comparte la motivación que revela Acosta en su diario, acerca de la escritura como ejercicio catártico: “Es tanto lo que me rodea i me atormenta, que al fin a fuerza de tanto sentir, es preciso que escriba” (1868, p. 314). Montes lo resuelve a través de la escritura de un texto pensado para ver la luz pública, por ende el caos emocional no se refleja como en el caso de Acosta. La imperiosidad del acto escritural de Montes no se intuye en la forma del texto, que por cierto es calculada, sino en el mensaje acerca de la constancia y paciencia que exige a una mujer de su época el interés por la escritura (...) Montes nos ofrece la visión más pesimista, aunque se muestra finalmente triunfal. Desde el principio de su artículo se concentra en mostrar las limitaciones que debe enfrentar la mujer que siente el llamado de las letras, de ahí que presente una serie de anécdotas domésticas que configuran el gran obstáculo a la escritura. Sugiere una suerte de vida prosaica que se interpone a su deseo de escribir: “desalentada i palpando la fría realidad de que en estas tierras las mujeres casadas no seremos nunca literatas” (1868, p. 316). Pese a la situación adversa por cuenta de la vida matrimonial, su “proyecto de literatura” llega a feliz término, la autora persiste y logra escribir un artículo, a pesar de las calamidades hogareñas. (Ochoa, 2011)

Además de las dificultades propias de escribir en un mundo masculinizado, en el que el rol de la mujer está circunscrito al hogar y a sus funciones de esposa y madre, Rafael Pombo, destaca en “Las sacerdotisas” otra condición de desigualdad que padecen las mujeres escritoras: no tienen lectores: “Muchos otros, y quizás otras, de los que nada sepan de ella, lo cerrarán al punto, diciendo con desdén: “Ah! Versos de mujer” por leídos”. (Pombo, 1883, p. III).

Por ello resulta disruptiva la figura de Agripina Montes del Valle, una mujer que supo reflexionar sobre su condición y abrirse camino como escritora en medio de un ambiente aún más conservador que el que se vivía en la capital de la República, cuna de las otras escritoras con las que suele compararse. Mientras Soledad Acosta y Pía Rigán tuvieron la oportunidad de viajar a distintos países, a Agripina Montes el cosmopolitismo le fue dado por las lecturas y por el contacto con colonizadores antioqueños, que en su condición de migrantes habitantes de pueblos recién fundados podían tener una mirada más interesada en la ilusión del futuro y no únicamente en la tradición del pasado.

No obstante, no puede afirmarse que Agripina Montes fuese una feminista o una revolucionaria en su lectura frente al rol de la mujer. Si bien la mera existencia de una mujer escritora y trabajadora en el siglo XIX en las montañas antioqueñas puede considerarse revolucionaria en sí misma, también es cierto que la obra de Agripina Montes del Valle reafirma el estereotipo del rol de la mujer como esposa y madre, antes que como escritora.

... la visión que se desprende de ello es la de una experiencia femenina falsificada, contaminada y por ende, inauténtica al apoyarse en y al partir de una identidad construida a base de estereotipos racializados. Ese discurso de la masculinidad nos da una perspectiva alienante y reduccionista que algunas mujeres incluso llegaron a asumir como propio, como en el caso de la escritora colombiana Agripina Montes del Valle en 1868: “La literatura, ese sueño de la mujer espiritual y sensible, no puede realizarse cuando ella ha contraído deberes tan sagrados como los del hogar”. (N`gom, M, 2015)

Una carta refuerza esta visión de la mujer que tenía la poeta. En el libro “Contrapunto” se incluye una misiva que escribió Agripina en Manizales, el 31 de diciembre de 1872, dirigida al señor Mamerto García, y en la cual intercede por su esposo en algunos asuntos relacionados con gastos de correo. Se trata de una carta escrita en un tono amable y coloquial, sin el refinamiento de su lenguaje poético, aunque incluye frases como “Dirá que esta mujer es media varón que se entromete en las cuestiones del marido. No mi buen amigo soy mujer únicamente, con el carácter enteramente conciliador de una madre” (Meza, 2015, p. 138).

Agripina la Modernista

Distintos estudios clasifican la obra de Agripina Montes del Valle dentro del modernismo. Carlos Vidales (2002) señala que “su obra poética, de estilo que anticipa el modernismo, es de tono grandioso y declamatorio” (2002). Pedro Felipe Hoyos (2015) explica que “la escuela decadente o modernista será la manera como los latinoamericanos interpretarán los planteamientos del romanticismo europeo y lo complementarán con el aporte local. Es a esta escuela a la que perteneció Agripina Montes del Valle” (p. 20). Buena parte de sus poemas son endecasílabos en los que la rítmica de los versos es alternadamente heroica, melódica y sáfica. Y aunque no existen suficientes elementos para identificar qué tipo de autores leía Agripina Montes del Valle y de esta manera determinar sus influencias literarias, su obra da algunas pistas sobre su formación como lectora.

Unos pocos de sus poemas incluyen dedicatorias a escritores, principalmente colombianos. El poema “Inspírate en la Patria” está dedicado “al joven poeta Dr. T.L. de Guevara”. El que se titula “Dos Artistas” está dedicado “a los inteligentes jóvenes Alejo y Agustín Patiño, sobre quienes escribe: “De hermanos virtuosos cuya pluma / todo lo grande y generoso inspira / y es de las artes suma”. Por su parte el poema “A Julio Arboleda” está dedicado al “poeta... y dramaturgo caucano, nacido en Timbiquí en 1817 y asesinado en Berruecos en 1862”, y el poema “En la tumba de mi hermano” tiene como subtítulo “composición dedicada al poeta y filósofo doctor José María Rojas Garrido”.

Dos poemas de Agripina Montes del Valle traen epígrafes de su amigo, el escritor Rafael Pombo “Adelfa Ramírez muerta a la edad de 15 años” tiene como epígrafe “Más bella que los ángeles / a Dios enamoró”. De Pombo también es el epígrafe del poema “Yo creo en el infierno”, a quien se lo dedica con el subtítulo “recuerdo al primer poeta de la América, doctor Rafael Pombo”. El verso incluido es “Dios en el recuerdo ha hecho / la eternidad del dolor”, que corresponde a la estrofa XLVIII de “La hora de las Tinieblas”. Otra obra revisada y admirada por Agripina Montes del Valle fue la de Gregorio Gutiérrez González, a quien dedicó el poema “Los bardos no mueren”, que incluye intertextualidad con poemas del vate homenajeado. Su autora más cercana fue Pía Rigán, a quien dedica los poemas “Apólogo”, “Recuerdos de una tarde” y “Desde Aguanueva” en donde escribe “invocando de tu musa / los adormidos cantares / cual la vibración que busca / de una música la clave”.

Su poema “En el centenario” está dedicado al “Gran poeta americano don Andrés Bello” y en él se hace evidente su conocimiento sobre la obra “Silva a la agricultura de la zona tórrida”, cuando escribe versos como: “Cantor divino de la patria Zona / Y desde el mar helado hasta la tierra / De fuego, ígneo blasón de Magallanes”. Entre las referencias clásicas, el poema “Al progreso” alude a Pitágoras, Sócrates y los griegos. En otros versos menciona a Dante y en el poema “Pobre patria mía” trae un epígrafe del libro de Jeremías que se suma a otros versos que evidencian una lectura atenta de los textos bíblicos. En el poema “Quién fuera poeta” escribe: “Quisiera hacer *Odiseas* / *Luiciadas* de griego busto”. La referencia al poema épico griego atribuido a Homero es clara. En cuanto a las *Luiciadas*, que ella escribe en cursiva, puede ser una alusión a “*Os Lusíadas*”, la epopeya en verso escrita por el poeta portugués Luis de Camões en 1572.

Por su parte el poema “La Miseria” trae un epígrafe en italiano del conde Giacomo Leopardi, que dice: “non ha la vita un frutto, / Inutile miseria”. La inclusión de este epígrafe revela al menos dos datos sobre Agripina Montes del Valle: el primero es sobre lo actualizada que estaba en cuanto a la producción literaria europea de su siglo. A diferencia de las alusiones a textos bíblicos, la *Odisea* y *Os Lusiadas*, en este caso se trata de un poema relativamente cercano a la época de la autora: Giacomo Leopardi fue un conde y poeta italiano del romanticismo que murió siete años antes de que Agripina naciera. El epígrafe corresponde al poema “Los recuerdos”, el más autobiográfico de Leopardi, escrito en 1829. El segundo dato es que el epígrafe está en el italiano original y no en español, lo cual podría significar que Agripina Montes tenía capacidad para leer en otras lenguas.

En cuanto a su estilo y calidad literaria, además de los elogios que recibió de Pombo, otros contemporáneos también destacaron su talento. José María Samper, literato casado con Soledad Acosta y quien se considera como el fundador de la Universidad Nacional de Colombia, señaló en su discurso de recepción como miembro de la Academia de la Lengua en 1889 que “a esa bella generación de poetas (...) de la cual soy contemporáneo, ha sucedido la que nos viene empujando con su rico caudal de nuevas inspiraciones. En ella figuran con muy notable brillo (...) doña Agripina Montes del Valle, rica de sentimiento y fantasía”. (Samper, 1886). Por su parte el crítico literario y poeta Antonio Gómez Restrepo la calificó en 1915 como “la más ilustre de las poetisas colombianas” (Cuesta y Zamorano, 2013, p. 106).

La misma Agripina Montes del Valle reflexionó sobre su tono melancólico y lúgubre de sus textos.

La lucha diaria de la vida, y la brega de los eternos quebrantos por lo irrealizable, han puesto cierto sello de melancolía a todo cuanto escribo; de ahí que a veces aparezca como romántica sin querer serlo, La Escuela Nueva, que es como un inoportuno olor que se difunde en derredor de nosotros, también suele traer su contagio sobre las serenas claridades en que flota mi espíritu. Más de una vez empiezo una elegía y cuando menos acuerdo se extravía mi fantasía y va a revolotear por los limbos del célebre autor de los endriagos literarios, Rubén Darío. Hoy los antiguos aderezos de la musa campesina, son como las flores de trapo viejas que sirven únicamente para apagar los cirios altos, o para que reposen como ajada memoria en la caja mortuoria de los recuerdos. Mi musa pertenece al pasado; y de buena gana cedo el campo del triunfo a la juventud vencedora. (Montes del Valle citada por Cuesta y Zamorano, 2013)

La relación de amistad que sostuvo con la escritora Pía Rigán no le impidió sostener debates lingüísticos, que evidencian conocimiento del idioma y lecturas informadas. La profesora Carolina Alzate Cadavid documentó una polémica a raíz de la adopción en 1871 por parte de “El Mosaico”, de la ortografía española, que utilizaba Agripina Montes del Valle, por oposición a la que ella misma llamaba “americana” y que defendía Pía Rigán.

En 1872, por la fecha de la muerte de (José María) Vergara, Pía Rigán seguía discutiendo el tema en la prensa, ahora con su amiga Agripina Montes del Valle: le reclama que escriba con “y”, y que use “doña” para dirigirse a ella. Montes le responde que reconoce que “la ortografía que llaman americana es mucho más sencilla”, pero que “la corriente nos arrastra”: “los publicistas más notables de la América del sur [la] usan”, “y aparte de esto le diré que el periódico donde se publica lo poco que yo escribo usa esta ortografía”. Esto le responde Agripina Montes desde *El Mosaico* a su amiga (23 de julio, 1872). Pía Rigán le había escrito desde *El Diario de Cundinamarca* (8 de mayo, 1872). Por Montes del Valle sabemos que en Colombia «casi todos los más distinguidos literatos» usaban ya la ortografía española, y que se exceptuaban los nombres de Pía Rigán, “del doctor Ancizar (esposo de Pía Rigán), de Madieto ... y otros muy pocos” (en la misma carta. *El Mosaico*, 23 de jul, 1872). (Alzate, 2017)

Más de 100 poemas

Dado que la mayoría de la obra de Agripina Montes del Valle circuló en periódicos y revistas, es difícil precisar el número exacto de poemas que escribió y publicó, pero para este ensayo se tienen los datos de al menos 104 de ellos (Ver anexo), aunque es seguro que faltan más por identificar. Al cruzar los índices de la Bibliografía de la literatura colombiana del siglo XIX (Rodríguez, 2006), con los libros en los que ha aparecido su obra se tiene lo siguiente: En la revista “Mosaico” publicó entre 1864 y 1872 un total de al menos 10 poemas de los cuales solo uno, “Los últimos instantes de Magdalena, la hija extraviada”, fueron reproducidos posteriormente en el libro “Poesías” publicado en 1883. Los demás poemas que no fueron publicados posteriormente son: “A mi amiga: la sensible poetisa Leonor Blander”, “El 27 de noviembre. A mi señora María Josefa Mallarino de Holguín”, “Recuerdos de una tarde. A mi estimable amiga A. S. De A.”, “Recuerdos”, “Silva (24 de septiembre de 1871)”, “Silva (21 de mayo de 1872)”, “La ausencia”, “Silva a la muerte” y “Silva. En la muerte de mi hijo. A mi querida hermana la señorita Vicenta del Valle”.

En la revista quincenal “La mujer” publicó entre 1878 y 1879 al menos 12 poemas de los cuales, “Apólogo” y “Tus ojos. A la señorita Angelina Aguilar Toscano” aparecen también en su volumen “Poesías de Agripina Montes del Valle”. Los demás poemas publicados allí y que no aparecen en otro libro fueron: “A mi señora doña Carmen de Vargas en su día”, “Dios. A mi señora doña P. A de B.”, “A la señorita Rosa Franco Acosta”, “Canción”, “Charada”, “La azucena y la rosa”, “La vida!”, “La vida de las rosas. A la señorita Rosa Vargas en el día de su santo”, “Memorias de la guerra. A mi señora y amiga doña Isidora Liths” y “Un recuerdo de cariñosa amistad en la muerte de su querida madre, a la señora doña Emilia Otálora”.

En 1883 se editó su volumen “Poesías de Agripina Montes del Valle”, de la Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, que incluye 73 poemas inéditos hasta entonces, a excepción de “Apólogo”. Este libro no incluye el poema “A la América del Sur”, con el que había ganado el concurso en Chile en 1872, pero sí incluye “Al trabajo”, con el que había sido laureada en Bogotá en 1881. Ese mismo año en el “Romancero Colombiano” se publicó su poema “Bolívar” en homenaje al Libertador, que no figura en su volumen de *Poesías*. Tres años después Julio Añez incluye en el segundo tomo de “Parnaso Colombiano” seis poemas de Agripina Montes, de los cuales cuatro habían sido publicados en el libro de 1883 (“Desde Aguanueva”, “La Caridad”, “Nada del mundo” y “Virtud y dolor”) y de otros dos no se tiene registro anterior: “¡Aguárdame amiga mía!” y “La señorita Vicenta Franco A.”.

En la revista mensual “Colombia Ilustrada” aparecen dos poemas escritos por Agripina Montes entre 1889 y 1890: “A Fernández Madrid en su centenario” y “A un turpial goajiro”. Ninguno de estos dos se incluye en los volúmenes posteriores de su obra. Dos volúmenes recientes recogen parte de la obra de Agripina Montes del Valle: en el año 2000 Jaime Bedoya Martínez compiló y publicó “Dos libros en uno: las sacerdotisas de Rafael Pombo y Poesías de Agripina Montes del Valle”. Este libro incluye 76 poemas: 75 son de autoría de Agripina Montes del Valle, de los cuales cuatro no se encuentran en las referencias anteriores: “A Cristo sacramentado”, “Al Tequendama”, “A Policarpa Salavarrieta” y “A Julio Arboleda”. Adicionalmente este volumen no trae dos poemas que fueron publicados en el libro de 1883: “A mi hija María” y “Al pensamiento”. El poema adicional aparece suscrito por Julio Arboleda pero ello resulta imposible. Es una supuesta respuesta del poeta Julio Arboleda al poema que le dedicó Agripina Montes del Valle luego de su asesinato.

En 2015 fue publicado el volumen “Contrapunto”, un ejercicio creativo de Martha Patricia Meza Giraldo. El libro reproduce 29 poemas de Agripina Montes del Valle y, luego de cada uno, Martha Patricia Meza escribe otro poema que responde o dialoga con el que fue escrito en el siglo XIX. Entre los 29 poemas incluidos en este volumen aparecen tres que no figuran en los libros anteriores: “Bolívar”, “El último pijao” y “Amor eterno”, que fue publicado originalmente en la “Revista Gris”. Además se menciona el poema “A la muerte de Elvira Silva” que según la autora “no fue encontrado”.

De este corpus de 104 poemas, algunos se destacan por haber sido premiados, o por los comentarios que distintos estudiosos han hecho sobre ellos:

El último pijao

Se trata de un poema que escribió con ocasión del centenario de la independencia, en 1910, y que ella llegó a considerar como lo mejor de su obra.

Su canto épico que ella titulara “El último Pijao”, no ha sido igualado ni superado por ninguna poetisa hispanoamericana. Y considero yo que podría dársele otra segunda connotación, considerando que ella fue primero que el nicaragüense Félix Darío García Sarmiento (Rubén Darío) que inició la ruptura con la poesía clásica que se usaba hasta entonces, de una manera consciente y que ella misma explica en la introducción que le hace a su libro, y que más tarde dio en llamársele el modernismo poético. (Bedoya, 2000. P. 10).

Bolívar

Este poema le valió a Agripina Montes su inclusión en el libro “Romancero Colombiano”, en 1883.

Agripina Montes del Valle demuestra su maestría en el uso de los ritmos del soneto, un oído muy fino al combinar con gran acierto en este soneto: los ritmos Sáfico y Heróico, en los dos cuartetos y comenzar el primer terceto con un Heróico, para seguir con dos Melódicos; mientras que el terceto final lo termina con un Heróico precedido de dos Sáficos. (Cuesta y Zamorano, 2013, p. 107).

Al Tequendama

Aunque Agripina Montes consideró que su mejor poema era “El último pijao”, la crítica se ha centrado con mayor interés en “Al Tequendama”, que también aparece en algunos textos como “Oda al Tequendama” y podría considerarse como su obra mayor. Así al menos lo consideró Rafael Pombo: “(...)Pero donde ha venido á culminar y ostentarse en todo su esplendor el genio de la poetisa antioqueña es en su oda Al Tequendama, que no dudamos arrancará un grito unánime de admiración” (Pombo, citado por Añez, 1887, p. 336). También el escritor español Juan Valera, autor de la célebre “Pepita Jiménez”, se pronunció en 1888 de manera favorable y elogiosa sobre “Al Tequendama”, según lo señala Carlos Vidales: “‘Al Tequendama’ le parecía superior en calidad y belleza que el de su contemporáneo José Joaquín Ortiz y sobre esto comentaba: No es Agripina Montes la única poetisa de nota que el parnaso colombiano nos da” (Vidales, 2002).

Santiago Londoño Vélez retoma el elogio de Valera y su comparación con el poema de José Joaquín Ortiz para referirse a la obra de Agripina Montes del Valle, en un análisis sobre los ríos en la poesía colombiana: “(Agripina) hizo su aporte elegíaco a la cascada mediante una extensa composición de ciento diecisiete versos, que parecen proclamar, como en tantos otros ejemplos, que la lírica hídrica era usada como demostración de la cultura del autor en un país de analfabetas” (Londoño, 2015). Víctor Sánchez Montenegro comparó el poema “Al Tequendama” de Agripina Montes, con un texto sobre el mismo tema de Josefa Acevedo de Gómez. Su conclusión es que el texto de Acevedo “quedó nada más que en las orillas del Salto en tiempos de completa sequía. Hay distancia astronómica en comparación con el canto de doña Agripina Montes del Valle según se puede ver: Te he visto al fin torrente atenador, / obra sublime del poder divino. / Te he visto al fin; y plácido el destino / poderte contemplar me concedió” (Sánchez, 1960). Por su parte, Franki Vanegas Tovar compara el poema de Agripina Montes con otro que lleva el mismo título, escrito por Waldina Dávila de Ponce de León en 1894. La conclusión es similar a la de los análisis anteriores: El poema de Agripina Montes es “más intenso, audaz en la expresión y denso en las metáforas que presenta al Tequendama, entre otras muchas comparaciones, como un coloso rugiente que se suicida” (Vanegas, 2015).

Obituarios Para las Amigas, Dios y Patria: Los Temas de Agripina Montes

Luego de revisar 97 de los 104 poemas de los que se tienen registro de Agripina Montes del Valle, se concluye que sus temas más comunes son la muerte y las mujeres-amigas. De hecho, ambos temas aparecen de manera concurrente en al menos 25 de sus poemas, que fueron escritos para amigas o familiares, principalmente mujeres, con ocasión de su propia muerte o de la muerte de un hijo, hermano, esposo, padre o pariente cercano. El fallecimiento de los seres queridos y/o allegados al círculo cercano de Agripina Montes del Valle es el motivo más frecuente de su poesía. 48 poemas tienen como tema central el de la muerte y muchos de ellos corresponden a obituarios sobre la persona fallecida. No hay en sus textos un carácter necrológico como en la poesía de Julio Flórez, sino más bien un tono de pesar, dolor y resignación por la ausencia del que ha fallecido, así como una invitación a entender ese trance del duelo dentro de la visión católica de la muerte y la fe en la resurrección.

En este marco surgen poemas como: “Un recuerdo de cariñosa amistad en la muerte de su querida madre, a la señora doña Emilia Otálora”, “En la muerte de su madre, a la señorita Vicenta Mercado”, “¡Aguárdame amiga mía!”, “Últimos instantes de Magdalena”, “Última despedida”, “A Magdalena Giraldo de A.” y “En la tumba de mi hermano”, entre otros. En siete poemas aparecen referencias de Agripina Montes a su familia más cercana y estos poemas también están atravesados por la muerte. En “A mi madre en su día” y “A mi esposo en su día” escribe versos en los que se evidencia una nostalgia por la alegría pasada que contrasta con la tristeza presente: la madre ya se quiere morir y el esposo ya está muerto. Algo similar ocurre en el poema “A mi hija luz en su tumba”, en donde escribe “¡Cuan diversa la suerte de las dos! / Tú has tomado el camino, / raleado por las albas siderales (...) Yo he quedado en mi lecho de agonía / viviendo de recuerdos inmortales, / Soñando con tu amor!”. En el poema “A mi hija María al cumplir doce años” el goce por la efeméride también se empaña de tristeza: “Hoy al saludar tus días / Triste, mi espíritu incierto, / Solo en la memoria guarda / unos olvidados ecos”.

Además de la referencia a sus tres hijos fallecidos, incluida en el poema “Reminiscencias”, hay otros poemas que aluden al dolor por la muerte de personas muy jóvenes: “Adelfa Ramírez”, que falleció a la edad de 15 años; el ya mencionado “A mi hija luz”, “En la muerte de su hijo, a Benilda F. De Pardo”, “A un ángel”, “Tus ojos. A la señorita Angelina Aguilar Toscano” y “Silva. En la muerte de mi hijo. A mi querida hermana la señorita Vicenta del Valle”.

En 45 poemas Agripina Montes del Valle se refiere a la mujer, normalmente no como una figura abstracta sino como una persona concreta, una amiga o conocida con nombre propio, a quien le escribe el poema. La figura femenina aparece en buena parte de sus poemas como un ser compungido por el dolor de la muerte, y el poema viene a convertirse en una ofrenda de consuelo o compañía en medio del duelo. Pero también, en ocasiones más escasas, la poeta exalta la labor artística o creadora de algunas de sus amigas escritoras o pianistas. Tal es el caso de los poemas “A una artista”, “En tu álbum. A la señorita Felisa Castro”, “Qué es música” y “Quién fuera poeta!”, entre otros. La poesía de Agripina Montes del Valle es una elegía constante a la amistad femenina Pareciera como si el acto mismo de escribir el poema fuera una muestra concreta del afecto que siente por sus amigas. Por eso resulta particularmente exótico el poema “Desilusión”, dedicado a una amiga anónima con la que se ha enemistado y en el que escribe: “Al cielo pediré sin arrogancia / que nunca más las dos nos encontremos”.

En estos poemas íntimos, que constituyen la mayor parte de su obra, el tema del amor entre una pareja es infrecuente pero no ausente. Además del ya mencionado poema “A mi esposo en su día”, dedicado a su marido fallecido, hay otros dos poemas que aluden a un amor más pasional: en “Tú y yo” escribe: “Yo no sé lo que siento, extraña fuerza / Me arrastra sin que tuerza / mi libre voluntad, su rumbo o fin: Tu alma es fluido vívido que inflama, / Y cual la zarza de Moisés su llama / Arde sin consumir”. Por su parte en el poema “Amor eterno” incluye los siguientes versos, que pueden ser incluso atrevidos para una mujer de la época y el contexto en el que se produce su obra: “Visión de amor, de vida y esperanza, / un caballero entre la sombra avanza, / se acerca a la doncella, / la estrecha delirante entre sus brazos, / cual de sus nupcias los divinos lazos, / y hacia el surto bajel huye con ella”.

La pasión carnal resulta exótica en la poesía de Agripina Montes del Valle, mientras que el amor místico hacia dios aparece en al menos 11 de sus poemas, 5 de los cuales aluden también a la muerte. “A Dios”, “A Cristo Sacramentado”, “Dónde está Dios” y su premiado poema “Al trabajo” son algunas de las obras en las que aparece la figura divina. Según el teólogo Luis Guillermo Sarasa Gallego, se trata de un dios amigo de su dolor.

El Dios de Agripina es firme pero lejano. Su religión austera le permitió conocerlo en su versión clásica. La razón que le permeaba le concedió establecer una relación que, aunque la llenaba de esperanza, no la desligaba del dolor. Su poesía llama a Dios, lo invoca, confía en Él. Su Dios es “rey y creador (Al progreso), “bendito” (ibídem), principio y fin de todo. Delante de su hija Luz en su tumba canta el “día sempiterno de Dios (A mi hija Luz en su tumba). Sabe bien Agripina que el amor es una virtud divina (La caridad) y no duda en dirigir una plegaria por la Patria herida y devastada (Pobre patria mía) después de la guerra y el terremoto de 1878. Su razón es, pues, aterrizada. Agripina no esconde en sus versos la dura realidad que le ha tocado. Su canción es, por decirlo así, triste y confiada. Su Dios es un ser en el que espera (Inspírate en la patria). El Dios omnipotente de Agripina crea fantasías; cantando al Tequendama lo recuerda. En el grito de Policarpa “Vive Dios”, reconoce su grandeza y fuerza al unísono con la heroína, le entrega su alma, en un último suspiro que para ella también quería. La duda que asaltaba a la poesía también dejó sus huellas en los escritos. A todos los miserables los consideró dejados de Dios (La miseria) y hasta un poema le regaló al infierno (“Yo creo en el infierno”), donde el olvido eterno de Dios se hace inenarrable. (Sarasa, 2015, p.9)

Otro tema recurrente en la poesía de Agripina Montes del Valle es la alusión a temas relacionados con la patria y la naturaleza y es acá, en estos 20 poemas con temas menos íntimos y más generales, en donde alcanza su mayor virtuosismo. Además de los ya comentados poemas “Al Tequendama”, “Bolívar”, “Policarpa Salavarrieta” y “El último pijao”, Agripina Montes escribe otras obras en las que mezcla lo telúrico con un discurso de intención política. En “Pobre patria mía” escribe: “De dos océanos al suntuoso arrullo, / aguarda que en sus vírgenes entrañas / Sople tu ingenio grande y poderoso . . . En las brillantes bodas de sus mares . . . I al cumplirse su hermosa profecía / Un altar le alzaré la Patria mía”. En la poesía “A Antioquia”, “Dedicada al benemérito general Rafael Toro” escribe: “Pero el hierro de hermanos contra hermanos / Tiene el eco del golpe en un abismo; / Y el vencedor en vano en su egoísmo, / Las palmas cegará de su ambición” y una preocupación similar plasma en su poema “Reminiscencias”: “En el seno de mi patria / Brotó la homicida guerra, / Todos mis sueños tomaron / Tintes de amarga tristeza”.

Por último, resulta particularmente interesante la visión de futuro que plasma Agripina Montes del Valle en algunos poemas en los que aplaude los adelantos tecnológicos. Su premiado poema “Al trabajo” inicia como un canto a Dios pero deriva en sorpresa por los nuevos inventos: nombra el teléfono, festeja la fotografía, exalta el telescopio y el desarrollo de la imprenta. Sobre este último tema escribe un poema titulado “La imprenta”, dedicado “al señor don Enrique Zalamea, introductor de la imprenta de vapor a Colombia. Empieza diciendo “Surgió de Guttenberg la ignota idea / y el alma de la tierra en su atonía / a sus remotos límites envía / su redentora esplendorosa tea”. Tiene otro poema titulado “Al progreso” en el que escribe: “Edison dominando las distancias / Halla la doble clave del sonido”, y en su poema “Al Magdalena” manifiesta su asombro en versos como éstos: “Y te cruzan de naves, / y de eléctricas vías”.

Comentarios Finales

Agripina Montes del Valle fue una escritora singular. El entorno en el que nació y creció no permitía augurar una carrera literaria, pero gracias a la educación que recibió pudo insertarse en la *Ciudad modernizada* que al decir de Ángel Rama se desarrollaba en ese momento del siglo XIX en el mundo intelectual de América Latina. El auge de las publicaciones periódicas le permitió tejer una red de contactos que le posibilitaron publicar su obra y establecer relaciones con otros escritores, aún cuando vivía en una ciudad de provincia como Manizales. Cuando se radicó en Bogotá su carrera como escritora se potenció, gracias a los contactos y a la visibilidad que había ganado al mantenerse vigente en la prensa literaria de los años 60 y 70 del siglo XIX.

Si bien buena parte de su poesía corresponde a obituarios escritos para acompañar a sus amigas y familiares en momentos de duelo, o para ensalzar la memoria de sus seres queridos fallecidos, hay otro grupo de poemas que se salen de ese ámbito íntimo: los relacionados con la patria y la naturaleza, y dentro de estos algunos que aluden al progreso técnico-científico, en plena época de la Revolución Industrial, que sin nombrarla también se hace presente en su obra. Que algunos de sus poemas hayan sido publicados en periódicos y revistas del siglo XIX y no hayan sido recogidos posteriormente en libros, y que el libro publicado en 1883 que reunió 73 poemas no haya sido reeditado sino hasta el año 2000, con algunas modificaciones, puede explicar la razón por la cual la obra de Agripina Montes del Valle no ha sido suficientemente estudiada. Pero el interés reciente de la academia por investigar la producción literaria de las mujeres del siglo XIX en Colombia puede servir como base inicial para comenzar este estudio, que es una tarea pendiente.

Referencias

- Acevedo Ramos, J.C. (2016). *Las letras que nos nombran. Revisión de la literatura del Viejo Caldas 1834-1966*. Banco de la República. <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll18/id/348>
- Agudelo Ochoa, A.M. (2011). La reflexión decimonónica sobre la escritura de mujeres en Colombia. *Ciberletras*, 25, 1-15. <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v25/agudeloochoa.html>
- Agudelo Ochoa, A.M., & Calle Orozco, J.P. (2013). Mujeres escritoras en la prensa literaria del siglo XIX. *Agenda Cultural*. Universidad de Antioquia. <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/almamater/article/viewFile/16231/14077>
- Alzate, C. (2017). Disciplinando cuerpos y escritura. Agripina Samper sobre George Sand, las mujeres y la literatura (1871). *Revista Anclajes* (21), 3. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-46692017000300002&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Añez, J. (1887). *Parnaso colombiano*. Tomo 2. Librería Colombiana-Camacho Roldán & Tamayo.
- Aristizábal Montes, P. (2007). *Escritoras colombianas del siglo XIX: Identidad y escritura*. Universidad del Valle.
- Bedoya Martínez, J. (2000). Prefacio del editor. En: *Dos libros en uno: Las sacerdotisas de Rafael Pombo y Poesías de Agripina Montes del Valle*. Editorial Manigraf.
- Botero, M. L. (2015). Agripina Montes del Valle en la prensa literaria del siglo XIX. Sombras y memoria de una gran poeta. En: *Contrapunto*. Hoyos Editores.
- Cacua Prada, A. (1982). *Historia del periodismo colombiano*. 2da Ed. Ediciones Sua Ltda.
- Cortés, J.D. (1875). *Poetisas americanas, ramillete poético del bello sexo hispanoamericano*. Librería de A Bouret e hijo. Imprenta Motteroz.
- Cuesta Escobar, G., & Ocampo Zamorano, A. (2013). *Poesía colombiana del Siglo XX escrita por mujeres, Tomo I. Poetas nacidas hasta 1949*. Apidama Ediciones.
- Cuesta Escobar, G. (2014). Poetas colombianas del siglo XX. En: *Revista En otras palabras*, 21-22, 18-128. https://issuu.com/revistaenotraspalabras/docs/eop2122_001d28d2a7c99b/2?ff=true&e=24234456/34635245
- Díaz, J.A. (1989). *Historia del periodismo en Manizales*. Asociación de Periodistas de Manizales (PAM) e Imprenta Departamental de Caldas.
- Fernández, D. E., & Morales, G. M. (2020). "Canto y cantor sepultará el olvido". La poesía de Agripina Montes del Valle en el contexto del siglo XIX colombiano. *Estudios de Literatura Colombiana*, 46, 17-35. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n46a01>
- Hoyos Körbel, P.F. (2015) El siglo XIX de Agripina Montes del Valle. En: *Contrapunto*. Hoyos Editores.
- Jaramillo Salazar, L. (2015). Agripina Montes del Valle. En: *Escritoras latinoamericanas del siglo XIX. Eladd. Colección Virtual*. <http://eladd.org/otras-autoras/agripina-montes-del-valle/#>
- Londoño Ospina, L. (1939). *Manizales*. Imprenta Departamental de Caldas.
- Londoño Vélez, S. (2015). Ríos en la poesía colombiana. *Boletín Cultural y Bibliográfico* (49), 89, 222-232. https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/7530
- Meza Giraldo, M. P., & Montes del Valle, A. (2015). *Contrapunto*. Hoyos Editores.
- Montes del Valle, A. (1868, octubre 3). Proyectos de literatura. En: *El Oasis*, Serie I, IV(40), pp. 314-316.
- Montes del Valle, A. (1872, julio 23). "A mi señora doña Pía Rigán". En: *El Mosaico*, Bogotá, núm. 27, p. 212.
- Montes del Valle, A. (1883). *Poesías de Agripina Montes del Valle*. Imprenta de Vapor de Zalamea.
- Ngom, M. (2015). Representaciones de la otredad: experiencia femenina e identidad en ¡Negras somos!. *Cuadernos de Literatura* (19), 38, 119-136. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5228218>
- Pombo, R. (1883). Las sacerdotisas. Conversación a propósito del libro de la señora Montes del Valle. En: *Poesías de Agripina Montes del Valle*. Imprenta de Vapor de Zalamea.

- Rama, A. (1984). *La ciudad Letrada*. Editorial Arca.
- Rodríguez Arenas, F.M. (2006). *Bibliografía de la literatura colombiana del siglo XIX*. Stockcero, Inc.
- Samper, J.M. (1886, agosto 6). Discurso de recepción. http://bdigital.unal.edu.co/460/7/discurso_de_recepcion_de_jose_maria_samper.pdf
- Salas, O. C. (agosto 17 de 2021). En mi casa siempre comentaban que la familia del esposo la discriminaba por morena [Comentario en el video *2a Sesión. 6a Cátedra de Historia Regional de Manizales y Caldas, Agripina Montes del Valle*]. Youtube <https://www.youtube.com/watch?v=pIOPLKDzLjI&list=PLmIByK3Vyvtmx-2TdmsQ7UODg7BeB-Mf5Y&index=12&t=2524s>
- Sánchez Montenegro, V. (1960) Doña Josefa Acevedo de Gómez. *Boletín cultural y bibliográfico*, 3, 12, 801-808. https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/6345
- Sarasa Gallego, L.G. (2015) Prólogo: Dos mujeres, dos tiempos, dos miradas. En: *Contrapunto*. Hoyos Editores.
- Vanegas Tovar, F. (2015). *Apuntes para una edición crítica de la obra poética de Waldina Dávila de Ponce de León*. (Tesis de maestría). Universidad Tecnológica de Pereira. <http://repositorio.utp.edu.co/dspace/handle/11059/5402?show=full>
- Vélez Correa, F. (2014). *Diccionario de autores caldenses*. Academia Caldense de Historia y Secretaría de Cultura de Caldas.
- Vidales, C. (2002), “Escritoras y periodistas colombianas en el siglo XIX”, II Coloquio Internacional - Literatura escrita por mujeres en el ámbito hispánico y portugués, Estocolmo, 11-13 abril, Departamento de Español, Portugués y Estudios Latinoamericanos, Universidad de Estocolmo, en colaboración con la Institución de Lenguas Románicas, Universidad de Lund. https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/30193290/Escritoras-y-periodistas-colombianas-en-el-siglo-XIX.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1534737130&Signature=%2FbO2u%2BZE76kgzZvk0jtkCIPZgQI%3D&response-content-disposition=inline%3B%20filename%3DEscritoras_y_periodistas_colombianas_en.pdf
- Villegas Botero, A. (2019). Proyectos de literatura de Agripina Montes del Valle: Una autorreflexión sobre la escritura femenina en los años 60 del siglo XIX en la provincia colombiana. *Raudem, Revista de Estudios de las Mujeres*, 7, 56-75. <http://ojs.ual.es/ojs/index.php/RAUDEM/article/view/56>